

Entre la jerarquía y la liberación: ideas en contrapunto

LILIANA WEINBERG

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

Se revisan las ideas centrales de la obra *Entre la jerarquía y la liberación. Ortega y Gasset y Leopoldo Zea* (1998) de Tzvi Medin, cuyo autor ofrece una visión comparativa y en contrapunto de la vida, la trayectoria, las ideas y los escritos de estas dos figuras de amplio liderazgo en la vida intelectual de España y América Latina. Se retoman y comentan los contrastes que marca el autor en el pensamiento y la relación de cada uno de ellos con su circunstancia y con la historia, y se reflexiona sobre la relación entre el quehacer del filósofo y el del intelectual, particularmente en el caso de Zea.

Palabras clave: Ortega y Gasset; Zea; filosofía; España; América Latina; Tzvi Medin

Abstract

This is a study of the main ideas in Tzvi Medin's *Entre la jerarquía y la liberación. Ortega y Gasset y Leopoldo Zea* (1998), where Medin offers an analysis that compares and contrasts the life, trajectory, ideas and writings of these two figures who were leaders in Spain and Latin America's intellectual life. The contrasts that Medin points out between the ideas and the relationship that each of these men had with their circumstances and history are examined, together with the relationship between the work of the philosopher and that of the intellectual, particularly in the case of Zea.

Keywords: Ortega y Gasset; Zea; philosophy; Spain; Latin America; Tzvi Medin

weinberg@unam.mx

Celebrar la vida y la obra de Tzvi Medin es también celebrar uno de los atributos humanos por excelencia de que él ha dado muestras a lo largo del tiempo: el diálogo, constructor de humanidad y conocimiento, multiplicador de un sentido compartido de nuestra existencia a través de la comunicación creativa y abierta de las ideas. Así lo confirma la vocación relacional y comparatista de la obra de Tzvi Medin, y en particular el libro que aquí vamos a comentar: *Entre la jerarquía y la liberación. Ortega y Gasset y Leopoldo Zea* (1998).¹ Publicado en México todavía en vida del filósofo mexicano, con quien Medin mantuvo una larga conversación a lo largo de los años, y dedicado a María Elena, esposa de Zea, presencias ambas muy cercanas a Medin en lo vital e intelectual, el libro constituye desde sus primeras páginas una celebración de las posibilidades de diálogo y escucha y una invitación al contrapunto de ideas.

El libro que aquí comentamos recupera mucho de la experiencia intelectual de Medin en México, en la UNAM y en el ámbito de los estudios latinoamericanos, desde que se convirtiera en uno de los más destacados egresados del posgrado en Estudios Latinoamericanos de dicha universidad y, por ende, en uno de los especialistas pioneros para toda la región. Marca también un giro importante en su producción, ya que, luego de dedicarse al estudio de distintas etapas de la vida política mexicana del siglo XX,² Medin se interesó por profundizar en el estudio de la obra y las ideas de distintas figuras del ámbito intelectual mexicano, latinoamericano e hispanoamericano. Se trata de dos prominentes pensadores a quienes Medin ya había dedicado previamente importantes trabajos que marcan toda una línea en sus reflexiones, como lo muestran varios estudios en profundidad que se concretaron en obras como *Leopoldo Zea: ideología, historia y filosofía de América Latina* (1983) y *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana* (1994).³ A ambos pensadores regresará, además, en años posteriores a los del libro que nos ocupa.⁴

El interés de Medin por ahondar en la indagación de la vida y las ideas de estas dos figuras clave del pensamiento de lengua española, así como en la relación entre la historia de las ideas, las circunstancias vitales e históricas y los debates intelectuales con los que entraron en diálogo, se fue ampliando de tal modo que, en un nuevo giro de la espiral, Medin publicará en 1998 *Entre la jerarquía y la liberación*, obra en la que establece un examen en paralelo y en contrapunto de los comienzos de la reflexión, la trayectoria vital y el pensamiento de Ortega y Zea, siempre examinados a la luz de su tiempo y su circunstancia. El objeto de este libro, que consiste en presentar las ideas de dos autores a cuya obra filosófica Medin se dedicó ampliamente, y el modo en que está estructurado, como paralelo y contrapunto de la vida y la obra de estos dos grandes pensadores que fueron Ortega y Zea, es confirmación de esta

búsqueda cada vez más amplia y apasionada de Medin por seguir las huellas de un pensamiento vivo y en plena relación con su tiempo.

La obra toda de Medin ha dado muestras además de su vocación por trazar puentes de diálogo entre Israel y América Latina: algo que implica un esfuerzo de traducción entre lenguas y culturas. Especialista e impulsor de los estudios latinoamericanos, fundador y animador del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Tel Aviv y de la revista EIAL, profesor de dicha universidad, participante en distintos encuentros sobre América Latina, así como presidente entre 1999 y 2001 de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe, Medin logró concretar la histórica reunión de un congreso de la FIEALC en Tel Aviv.⁵

Aunque su vida y su destino están ligados a Israel, Tzvi Medin no perdió nunca su vínculo con este continente en que nació—ya que vio la luz el 25 de marzo de 1939 en Rocha, Uruguay—donde adquirió un profundo conocimiento de la lengua española que lo hizo, ya radicado en Israel, dueño de una escritura en prosa que enriqueció con la justeza de sus palabras y la expresividad de su estilo. Su temprano interés por la historia y la filosofía lo llevó a formarse en ambas disciplinas en la Universidad de Tel Aviv, para luego realizar sus estudios de maestría y doctorado en Estudios Latinoamericanos en la UNAM (recordemos que fue Medin el primer doctor en Estudios Latinoamericanos egresado en la UNAM cuando se creó esta especialidad),⁶ y participar en el Seminario de Historia de las Ideas en América Latina dirigido por Leopoldo Zea. Pocas sensibilidades y preocupaciones intelectuales más adecuadas que las de Tzvi Medin para alcanzar una comprensión de la obra de los autores que aborda en el libro que aquí comentamos.

Medin ha sido siempre un agudo estudioso y conocedor de distintos autores, temas y problemas de la vida política, cultural e intelectual de México y América Latina e incluso un acucioso investigador de su pensamiento, cuya indagación lo condujo a reunir fuentes para una más profunda comprensión y difusión de la presencia y gravitación de esta región en el mundo. Comentemos por nuestra parte que, al ampliar su atención a la obra de Ortega y decidirse a estudiar su trayectoria intelectual en contrapunto con la de Zea, Medin se interna en una zona de reflexión particularmente compleja: la que hace a la relación entre América Latina y España, en cuanto pone en relación y contrasta el quehacer de dos representantes del que José Gaos llamó “pensamiento de lengua española”,⁷ y se asoma así a una serie de temas no menos apasionantes para entender algunas claves de aquello que Alfonso Reyes denomina “la inteligencia americana”:⁸ la relación entre pensamiento filosófico y vida intelectual; la relación entre España y América; la relación entre filosofía, historia y literatura; la relación entre discurso filosófico y discurso ensayístico. Y no sólo eso: se apunta también a

otros temas mayores, tales como el de las distintas tradiciones de pensamiento filosófico y el de la relación que puede establecerse entre los actos de pensar y de escribir en una determinada lengua.⁹

Es evidente que mucho interesa a Medin el modo en que los distintos autores estudiados dan cuenta de un profundo compromiso con su circunstancia y con la historia, y no a partir de un pensar abstracto y desapasionado sino, muy por el contrario, del acto de pensamiento como una forma del compromiso con la circunstancia vital, la propia cultura y el momento histórico, ya que dar respuesta a la circunstancia no es sólo atenerse al tiempo concreto en que vive un pensador, sino poner la reflexión en las dimensiones de pasado, presente y futuro. A través de la obra de Medin se evidencia también el papel fundamental que adquiere la conciencia histórica como detonante de la reflexión.

Tzvi Medin ha dado muestras además de una profunda vocación por el comparatismo, por la posibilidad de trazar paralelos y descubrir coincidencias y diferencias en los procesos, las figuras y sus trayectorias intelectuales: así lo evidencia esta obra, a través de la cual se presenta a dos pensadores que dieron a su vez respuesta a los desafíos de su respectiva circunstancia vital y cultural, y a partir de ello hicieron distintas propuestas de examen histórico y proyectos de futuro.

Me interesa por mi parte enfatizar que Medin no se ciñe sólo al análisis de las ideas de estos autores sino que, al examinar su vida y su obra a la luz de su tiempo y compromiso con la historia, los pone elocuentemente en relación con su época, su sociedad y su cultura. A su vez, muestra cómo la circunstancia, la toma de conciencia y la indagación de la historia ingresarán en el pensamiento de ambas figuras. Notable es el modo en que analiza sus respectivos recorridos vitales e intelectuales, en los cuales fue decisivo además el clima de las dos guerras mundiales y la posguerra, así como en particular para Ortega y Gasset la guerra civil española y la llegada del franquismo, y para Zea el escenario de la guerra fría y su deshielo. Medin nos conduce de este modo a examinar sus trayectorias en permanente relación con su tiempo, poniendo el acento en el liderazgo intelectual que cada uno de ellos tuvo en sus respectivos ámbitos culturales y profesionales. Su análisis nos confirma que se trataba de figuras nodales hacia cuyo centro de atracción intelectual convergían y desde el cual se volvían a tejer importantes redes y tramas de pensamiento. Existe además un punto de vínculo entre ambas trayectorias en cuanto las reflexiones de Ortega se gestan a partir de la circunstancia española y se proyectan luego en figuras del transtierro que, como la de José Gaos, habrían de ser tan decisivas para la formación de Zea.

Medin estudia el surgimiento de cada uno de estos pensadores, cuyos orígenes y situaciones de arranque vital no podían ser más contrastantes, para seguir sus

años de formación, sus respectivos recorridos vitales e intelectuales, y mostrar cómo, después de un momento de convergencia clave en torno a algunos supuestos, como la toma de conciencia de la importancia de la circunstancia vital que animó el raciovitalismo de Ortega y la preocupación por la historia, la circunstancia y la situación del pensador en el caso de Zea, habrían de mostrar también importantes divergencias:

[...] cada uno de ellos [...] visualizaría a su propio continente y al del otro de un modo muy distinto. Y cada uno de ellos elevaría una visión historiosófica muy diferente y una escala de prioridades muy diversa. Para el uno, desde la dependencia, se daba el imperativo de la liberación; para el otro, desde la marginación peninsular, se imponía la excelencia de lo europeo. Enfrentados con su diversa problemática circunstancial, ambos intentaron trascenderla críticamente y, armados en gran medida con las mismas armas filosóficas, partieron en direcciones diversas.¹⁰

En efecto: Ortega, por su parte, y a despecho del temprano eco de sus ideas y publicaciones en América Latina, se preocupó sobre todo por poner el pensamiento de España en diálogo con Europa, y dejando un poco de lado sus comienzos como ensayista, pronto se interesó por el espíritu de sistema de la filosofía continental; de tal modo —añadimos por nuestra parte— se volvió muy compleja su relación con Hispanoamérica. En contraste con ello, Zea, por su parte, buscó hacer al latinoamericano sujeto de la historia y de la reflexión y dotar al pensamiento de esta región de una dimensión universal. El camino intelectual de Ortega lo conducirá a atender al papel de las minorías ilustradas y plantear una idea de jerarquía intelectual, mientras que el recorrido de Zea y su apertura a la historia de América Latina, así como su toma de conciencia de su relación con el mundo, lo conducirán a una postura emancipatoria abierta y preocupada por la idea de liberación. En mi opinión, es posible asistir al modo en que en ambos autores se da una fuerte tensión entre el llamado al que responde el filósofo y las demandas que preocupan al intelectual: de allí también la interesante tensión que se evidencia entre la posibilidad de adscripción de sus escritos al ámbito filosófico y al ámbito ensayístico.

Una de las principales claves del pensamiento de Zea, quien a su vez recoge y pone en diálogo las reflexiones de su maestro Gaos y otros representantes del exilio español con las provenientes de la propia tradición de pensamiento mexicana y latinoamericana, es la preocupación por la historia. Con ello Zea enriquece y supera tanto la atención a la ‘circunstancia’ que animaba el raciovitalismo orteguiano como a la ‘situación’ de cuño existencialista: “no de una existencia

humana en abstracto, sino de una existencia humana situada, en situación”,¹¹ para enlazar su reflexión con una honda preocupación por la historia que lo condujo de la historia de la filosofía a la filosofía de la historia. Así lo reconoce el propio Zea: “Con Ortega, a través de las publicaciones de *Revista de Occidente*, México y toda la América Latina entraban en posesión de los nuevos hechos, de las nuevas ideas y de una filosofía que mostraba la circunstancialidad de las soluciones filosóficas, la historicidad de todo lo humano”. Y agrega: “Los filósofos transterrados enriquecerían el arsenal justificativo y colaborarían en la orientación que la filosofía en Latinoamérica iba a recibir abiertamente”.¹²

Medin establece en el principio de su libro un contrapunto entre los orígenes de Ortega, nacido en el seno de una familia de altos recursos económicos y culturales que aportará al joven pensador un gran capital simbólico, y los de Zea, quien vivió su infancia en condiciones de enorme fragilidad familiar y económica, en medio, además, de los avatares de la Revolución Mexicana. Reconstruye a lo largo de la obra sus respectivas trayectorias, su formación intelectual y sus escritos fundamentales, los examina en contrapunto y muestra cómo desembocan a su vez en destinos también contrastantes: Ortega, formado en la tradición filosófica alemana, con una brillante vida como ensayista, pensador y conferencista, así como con una fuerte presencia en nuestro continente, deberá tomar posición ante el surgimiento de la República Española, la guerra civil y la llegada del franquismo, para finalmente, tras varios años de exilio, retornar a su España natal. Por su parte, Zea logrará dedicarse a la filosofía y hacer una destacada carrera en la academia y la vida política y cultural de México que se abrirá al diálogo con América Latina y progresivamente con las distintas regiones del mundo, hasta llegar a asistir a los acontecimientos posteriores a la Guerra Fría e integrar este nuevo panorama a su propia reflexión. Cierra Medin su libro con una presentación de las conversaciones y las polémicas que protagonizará Zea como respuesta a los últimos avatares de la política y el reacomodo de la geopolítica tras la caída del muro de Berlín, y el propio estudioso retomará su intercambio de ideas con Zea mostrando la vitalidad de su pensamiento.

Volviendo a los primeros momentos de la producción de ambos autores, Medin muestra la importancia que tuvieron las primeras meditaciones de Ortega, planteadas *more ensayístico*, para el despegue de su propia reflexión. La originalidad de Ortega rindió sus frutos, ya que tuvo un amplio efecto renovador en el pensamiento español y fuertes ecos en Hispanoamérica. Sin embargo, no contento con producir un pensamiento original desde el ensayo, paulatinamente habrá de fortalecerse en Ortega una mayor voluntad por enlazar su propia reflexión con el quehacer filosófico continental. Medin advierte la preocupación de Ortega por alcanzar un sistema y por lograr vincular su propia producción filosófica con las principales corrientes del pensamiento europeo. Esta voluntad

contrasta con lo que llevó a Zea a buscar un camino propio, de voluntad universal y superador del eurocentrismo, en una trayectoria que lo condujo a su vez a poner el discurso filosófico en diálogo con los debates ideológicos, atendiendo a abrir su producción estrictamente ligada al discurso filosófico a otras formas de la prosa no ficcional, así como abrir su mirada a distintos horizontes culturales.

Muchos de estos elementos, ya estudiados por Medin en otros trabajos, se evidencian en esta obra de comparación y de síntesis, *Entre la jerarquía y la liberación*, donde se traza un estudio en contrapunto de la obra y el pensamiento de estas dos figuras que Medin, inspirado en palabras del filósofo argentino Francisco Romero, llama “jefes espirituales”, al tiempo que considera que a través de su formación se fueron generando dos “recias personalidades intelectuales”. No se trata de ninguna manera sólo de pensadores de gabinete sino, muy por el contrario, de personalidades que, a partir de Romero, nuestro homenajeadado identifica como “políticos de la cultura”, y en sus propias palabras como “forjadores de la cultura”, que dieron cuenta de una “vocación de creación cultural de trascendencia nacional y universal por igual”.¹³ De allí el interés por establecer un estudio comparativo de su vida y su obra, de su vínculo con la propia circunstancia y de su modo de poner en diálogo lo propio y lo universal. Estos “jefes espirituales” no sólo contribuyeron a la “normalización” del quehacer filosófico en sus respectivos ámbitos sino que volvieron a dotar a dicho quehacer de una nueva e imperiosa necesidad para la reflexión sobre la respectiva circunstancia y bregaron “por conformar una nueva sensibilidad cultural y crear una nueva conceptualización de lo que debería ser la cultura nacional”.¹⁴

Es así como seguir con Medin la vida de ambos pensadores, nos los muestra como dos grandes animadores de la cultura y la vida intelectual, con intensa actividad en las esferas de la academia y el espacio público: su prosa se hizo presente no sólo en los ámbitos del debate filosófico sino que se prodigó también en el mundo de las revistas y el periodismo, en la vocación por organizar colecciones, en su aguda percepción de la posibilidad de elaborar una “política de la cultura” a través de la intervención pública a través de escritos, cartas, cursos, conferencias, artículos y otras muchas actividades de difusión. Cada uno de estos autores internalizó y a la vez proyectó sus respectivas preocupaciones por medio de su propia trayectoria intelectual y su “obsesión existencial”, con una fuerte presencia en el espacio público. En ambos casos, agreguemos, se trató de un nuevo modo de entender la relación con la propia circunstancia, en un doble movimiento que implicaba hacer que las preocupaciones y reflexiones propias de sus respectivos ámbitos culturales superaran el riesgo de caer en el provincianismo o aldeanismo estrecho tan criticado a su vez por nuestro Martí, y a la vez contribuir a proyectar el quehacer intelectual desde la propia circunstancia hacia horizontes más amplios y generosos.

En el caso de Ortega, se trataba de invitar a que España “se pusiera intelectualmente a la altura de los tiempos [...] europeos” para así “salvar a España por la reflexión”,¹⁵ y de este modo lograr que ese país cerrado sobre sí mismo y víctima de una agudización de su profunda crisis ideológica a partir del 98, se proyectara a otros horizontes. En el caso de Zea, se trataba de ir ampliando su preocupación por México y lo mexicano hasta alcanzar una dimensión latinoamericana y universal. De allí que Medin contraste la búsqueda prioritaria de “jerarquía y excelencia” en el quehacer reflexivo por parte del primero y la proyección del pensamiento filosófico hacia “el humanismo y la liberación” por parte del segundo.

La expansión de la prédica intelectual de Ortega se dio tanto a través de la recepción de las primeras publicaciones que él animó como de sus propios libros, y en particular de esas *Meditaciones* que tempranamente dedicó a pensar el *Quijote*,¹⁶ a partir de las cuales comenzaron a perfilarse importantes rasgos de su obra como el circunstancialismo, el perspectivismo y el raciovitalismo. Afirma Medin, apelando a una certera imagen, que se abre con Ortega la posibilidad de una “inmersión en las aguas de lo propio”, de tal modo que el ensayo *Meditaciones del Quijote* será la clave del edificio filosófico de Ortega, mientras que estudio sobre *El positivismo en México*¹⁷ será la clave del despegue filosófico de Zea. Es así como desde su respectiva situación cada uno de ellos contribuye y se suma a la gran oleada crítica de la herencia del pensamiento positivista.

Como lo expresa Medin, es fundamental el aporte de Ortega en cuanto a “la salvación de las circunstancias y de nosotros mismos por la cultura, por la comprensión filosófica”, en una “vuelta táctica” a lo concreto, a lo inmediato.¹⁸ Paralelamente, Ortega dará difusión a filósofos del neokantismo como Hermann Cohen y Paul Natorp, y a la obra de Simmel, Rickert, Jung, entre otros. Y si muchos pensadores de este lado del Atlántico, como Samuel Ramos, comienzan a leer y difundir la obra de Ortega, será sobre todo a partir de la llegada a México de las grandes figuras del exilio español que se expandirá a través de la cátedra la posibilidad de dar testimonio vivo y de primera mano de las orientaciones de quien fuera *maître à penser* de muchos de ellos. Por último, aunque no por ello de menor influencia, la labor de Ortega se conoce a través de publicaciones de tanta repercusión como *Revista de Occidente* y las obras de la editorial Espasa Calpe.

Bueno es recordar en este punto las interesantísimas observaciones que adelanta Medin en las primeras páginas de su obra en cuanto a la apertura de Zea a la mirada americana. Entre ellas, muestra cómo para Zea el americano se convierte en el sujeto y no en el objeto de la reflexión: un sujeto histórico capaz de instrumentar los saberes de la cultura europea de manera acorde a sus propios intereses existenciales. Más que mostrar obediencia incondicional a los

distintos sistemas de ideas, Zea apela al instrumental filosófico que requiere el despliegue de su pensamiento.¹⁹

En años recientes ha recibido renovada atención la figura de José Gaos, maestro indiscutido de Zea, quien orienta su vocación hacia la indagación del pensamiento en México, y lo dota con un componente de fuerte coloración historicista que complementa la propia preocupación por la historia, aportada por la tradición del pensamiento mexicano.²⁰ Gaos recuperará además la dignidad del ensayo, un género de tan fuerte presencia y arraigo en el quehacer intelectual hispanoamericano, y recuperará textos representativos de nuestra prosa de ideas como fuentes para el estudio del pensamiento en nuestra región. A diferencia de esto, Ortega, reconocido ensayista él mismo, se volcará en años posteriores hacia una mayor preocupación por el espíritu de sistema y centrará su atención en Europa.

A lo largo de las páginas de este libro Medin demuestra cómo Zea retoma las ideas de sus maestros, al tiempo que les imprime un nuevo sello:

Claro está que Zea echará mano al circunstancialismo perspectivista de Ortega y a su historicismo, pero al venir a circunstancializar el pensamiento latinoamericano y descubrir su sentido, se topará con una circunstancia muy diversa a la española, más allá de la común problemática de identidad nacional, y por ello también ésta será abordada de diferente modo. Uno corriendo hacia Europa, o mejor dicho intentando traer Europa a España, el otro, estupefacto ante el derrumbe de la misma Europa, se vuelve hacia su México para intentar extraer del mismo la comprensión y los valores culturales que hicieran posible la salvación de México.²¹

Observa Medin un rasgo fundamental: ante la “crisis cultural”, ante la “crisis de los valores”, Zea “apunta que en los países americanos se siente la necesidad de buscar, en su propia historia y en sus propias tradiciones, aquellos elementos con los que se pueda conformar una cultura propia”.²²

Se pregunta Medin cómo se decide Zea a hacer filosofía desde América Latina, cuando es consciente de que por lo general se habla de esta producción como de una “mala copia” de la gran filosofía europea, y responde de manera convincente lo siguiente: “Pues puede hacerlo en función de su aproximación circunstancialista-historicista”, que permite el estudio de la filosofía en tanto producto de una experiencia humana “que en esto no puede ser menos humana que la de cualquier europeo”. Agrega que, en palabras de Zea, “[l]a filosofía como expresión de una experiencia humana, no puede ser más importante en unos hombres que en otros”. Continúa nuestro autor:

He aquí desde un principio una frase, una idea, que ilumina de un golpe mucho de lo esencial de todo el pensamiento de Zea a lo largo de los años: la reivindicación de la humanidad latinoamericana, *mirar a la altura de los ojos* sin complejo alguno de inferioridad a la cultura de Europa, que, por cierto, era pisoteada en esos mismos momentos por la violencia y la demencia... europeas. Nunca desde abajo, nunca desde arriba; a la altura de los ojos.²³

He querido transcribir este pasaje con el objeto de mostrar el modo vivo, expresivo y apasionado con que Medin dialoga con sus autores, con su época y con la nuestra.

A partir del muy elocuente título de uno de sus capítulos, “Ampliación de la circunstancia: Viajes del destino”, Medin va trazando el modo en que se diferenciarán las trayectorias de pensamiento de ambas figuras. En contraste con la actitud del filósofo español, que lleva a cabo su reflexión “desde la circunstancia orteguiana, española, europea y eurocentrista”,²⁴ para desembocar en aquello que más adelante Medin llamará un “humanismo historicista”, Zea avanzará “de la historia de las ideas a la filosofía de la historia, develando paulatinamente lo que constituiría para él el valor supremo y la razón última de toda cultura: el hombre de carne y hueso, concreto, en cada una de sus múltiples, infinitas y diferentes expresiones”.²⁵

Si para Ortega la esencia de su nueva época residía en la reivindicación de la vida humana frente a los valores culturales que se habían sacralizado con el racionalismo y el modernismo, diríamos que Zea es más radical aún y exige la reivindicación del valor de la vida de *cada uno de los hombres* frente a las culturas entronizadas, y *también frente a las jerarquías de todo tipo*. No es que nada de lo humano le fuera ajeno, sino que *nadie* le era ajeno, y *en cada uno, en cada persona, en cada pueblo*, veía real e históricamente, y no sólo teóricamente o en términos metafísicos, una indispensable manifestación de lo humano [...]. Pero parecería que en el mismo Ortega el perspectivismo y el historicismo se veían mitigados en sus posibles conclusiones históricas y sociales por una jerarquización elitista que reducía el ámbito de las perspectivas y de las decisiones fundamentales exclusivamente a las minorías selectas. Sólo ellas podían mirar más allá de sus circunstancias limitantes y postular sus proyectos propios.²⁶

Es notable el modo como Medin advierte en el giro de la reflexión de Zea una particular sensibilidad hacia el momento histórico en que se manifiesta “el derrumbe de los imperios coloniales” y se va desenmascarando la raíz de la “dependencia” para comenzar a darse los procesos de toma de conciencia y crítica al colonialismo en distintas partes del mundo:

Pero no sólo por esto no se podía mirar hacia Europa, sino también porque liberación se dice en primera persona, e implica *convertirse de objeto en sujeto*, implica el mismo acto de liberarse a uno mismo. Y por ello el maestro mexicano postula la importancia de *la toma de conciencia como vía inevitable hacia la liberación*. O sea que hablar de la liberación y hablar del sujeto histórico era exactamente lo mismo, y al referirse al sujeto en tanto tal Zea considera esencial para el mismo en el proceso de liberación su conciencia de la problemática real y de la necesidad de su trascendencia. *Sin conciencia no hay sujeto, y sin conciencia de la dependencia no hay sujeto de la liberación.*²⁷

El camino vivo y asuntivo del pensamiento de Zea va incorporando de manera crítica y dialógica a figuras de la filosofía europea, desde Hegel hasta Sartre, sí, pero también la tradición de pensamiento del exilio y de la propia América Latina, como es el caso de Francisco Romero, al tiempo que entablará interesantes polémicas con filósofos como el peruano Augusto Salazar Bondy en torno a temas como la peculiaridad, originalidad y autenticidad de la filosofía latinoamericana.²⁸

Medin recorre junto con Zea el camino que llevó al filósofo mexicano de la historia de las ideas en México a la historia de las ideas en Hispanoamérica:²⁹

En este periodo que va de 1944 a 1960 somos testigos de tres eslabones en la labor de Zea: en un principio la ampliación de sus estudios de la historia de las ideas de México al continente latinoamericano; luego una inmersión en el análisis fenomenológico de lo mexicano, instrumentando principalmente a Sartre, y por último América en la historia universal y en la conciencia europea.³⁰

En efecto, con la publicación de obras como *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*,³¹ *América como conciencia*³² o *América en la historia*,³³ comenzará una etapa de ampliación y profundización de sus reflexiones, que desembocarán en el reconocimiento del papel de América en la historia, “entre la marginalidad y la utopía”, para luego atender a su concreción de una filosofía

de la historia americana forjada en relación con una filosofía de la liberación.³⁴ Al mismo tiempo, el autor muestra cómo Zea ahondará a su vez en la reflexión sobre lo propio y se dedicará a repensar la realidad mexicana a partir de las peculiaridades de la Revolución Mexicana.

Este importante paso de la historia de las ideas a la filosofía de la historia “para tratar de develar el significado de la evolución histórica de la conciencia latinoamericana”³⁵ no se quedará allí, sino que a su vez integrará la toma de conciencia del trágico clima de la Segunda Guerra Mundial y el estremecimiento y derrumbe del modelo civilizatorio europeo, elementos todos que dotarán al pensamiento de Zea de un componente de humanismo y universalismo que no lo abandonará nunca.

Es así como la preocupación temprana del filósofo por lo mexicano se abrirá, acompañada de una profunda toma de conciencia de la difícil situación del mundo, que provoca en muchos un verdadero estremecimiento ante una atmósfera de dolor, muerte e intemperie. La reflexión de Zea se vuelca, como lo demuestra Medin, hacia imperativos como compromiso, responsabilidad, libertad, voluntad de cambio, praxis histórica, y una concepción abierta de la vida como un hacerse. Y desde luego que a lo largo de los años se irá mostrando también como fundamental la atención de Zea hacia la crisis del orden colonial y el problema de la dependencia, así como la aspiración a la liberación de pueblos y culturas marginados por muchos siglos.

Hace Medin una importante aclaración:

Zea centra sus estudios en el análisis de las ideas y de la evolución de la conciencia en la historia, pero ello no lo vuelve necesariamente un profeso del idealismo en ninguna de sus manifestaciones. La conciencia tiene para él un valor definitivo, pero siempre es la conciencia concreta como parte de la realidad social, y en una relación dialéctica con la misma. Es también aquí la conciencia del hombre de carne y hueso, sin abstracción metafísica de ningún tipo.³⁶

Uno de los grandes aportes de Medin es sin duda haber subrayado el papel que cumple en el pensamiento de Zea la conciencia concreta. Recuerda que particularmente en libros como *El Occidente y la conciencia de México*³⁷ Zea aborda la cuestión del “regateo” de humanidad que Europa formula a América:

al adentrarnos en los escritos de Zea en este periodo en los que parecería hacerse patente una influencia hegeliana: el análisis dialéctico en el nivel de la conciencia, pero una conciencia concreta, histórica, social, en relación dialéctica con tal realidad, y

la captación de su desarrollo histórico en función del “regateo” de humanidad y la lucha implícita en la misma.³⁸

Analiza Medin las claves de la conceptualización que hace Zea “de todo el proceso histórico desde la misma óptica que consideramos esencia de toda su historiografía y de su historiosofía: de la dependencia a la humanidad”.³⁹ Considera que, a diferencia del historicismo de raíz occidental, elitista y excluyente de otras experiencias y culturas, Zea recupera un “potencial humanista” incluyente y universalista. Contra los distintos “regateos” de la humanidad latinoamericana por parte de la conquista, la modernidad e incluso los planteamientos historicistas, afirma Medin:

En libros como *América en la historia* (1957), Zea amplía más aún el contexto histórico de su temática, de la confrontación de la civilización occidental con América a la confrontación con “los pueblos marginados” en general. En 1955 se había llevado a cabo la conferencia de Bandung, y Zea señala en este libro que la circunstancia de la dependencia era común tanto a su América como a los pueblos asiáticos y africanos, del mismo modo que era uno el sentido de sus luchas por la emancipación. Se trataba de una misma lucha por el reconocimiento de su propia humanidad con las consecuentes reivindicaciones en los diversos ámbitos de las relaciones internacionales.⁴⁰

Muestra Medin el modo en que el pensamiento de Zea, lejos de encerrarse en el gabinete, se abrirá a un mirador siempre atento a los cambios en la historia, la política y la sociedad. Cito este pasaje, donde Medin apela a una imagen bíblica para pintar el “Jericó latinoamericano”:

El elemento esencial del pensamiento de Zea es la reivindicación de la humanidad latinoamericana y la liberación, y es también su temática constante simplemente porque para Zea y no sólo para él ni el problema ha perdido su vigencia ni la solución ha sido alcanzada por entero. Y por eso continúa necesariamente con sus circunvalaciones alrededor de este Jericó latinoamericano. Pero si bien durante sus cincuenta años de labor intelectual la temática sigue vigente el mundo ha venido cambiando enormemente, al igual que su bagaje intelectual. Para un historicista como Zea sería traición no tomar en cuenta el cambio de la realidad y el cambio de la teoría como nuevas trompetas para intentar el derrumbe de

las murallas de la dependencia pero las murallas no han caído aún y la dependencia, de diversos modos, sigue allí. Aparte de allí el constante imperativo de liberación que anima el pensamiento de Zea en años posteriores [...]. Ortega había salido contra la deificación de la cultura en nombre de su humanismo historicista; Zea, en nombre del humanismo de carne y hueso, salía contra la deificación del hombre occidental.⁴¹

En otro de los pasajes de contraste y síntesis que se dan a propósito de esta vida paralela entre los dos filósofos, dice Medin:

Con Zea el filósofo de la historia se definió muy pronto en el filósofo de la liberación y en el ideólogo político; con Ortega, el filósofo del raciovitalismo, luego de una furtiva intervención en la política práctica, se retrajo en el ensimismamiento, como lo definió él mismo por aquellos años. Por un lado una especie de evolución a lo político con Zea, aunque siempre en tanto filósofo e ideólogo, por otro una involución desde lo político con Ortega, y en ambos casos podemos disfrutar los frutos de sus reflexiones alrededor de tales procesos.⁴²

Aborda nuestro autor las dos formas de respuesta que dio cada uno de estos pensadores al problema de la relación entre el filósofo y la política, y dedica interesantísimas reflexiones a la concepción de intelectual que cada uno de ellos representa. En cuanto a Ortega, muestra un “proceso de ensimismamiento en los momentos más críticos que quizá conoció la humanidad”, y que lo colocan “en el extremo opuesto a las actitudes de Zea”, “para quien la filosofía era ante todo un compromiso ineludible”. Y prosigue:

En esos momentos críticos uno, preso de la impotencia, se refugió en el ensimismamiento, el otro, postulando el ineludible compromiso, salió a la confrontación abierta involucrándose por completo en las confrontaciones decisivas del momento. Y de estas dos actitudes diversas surge también el hecho de que la figura de Zea siempre se dibujó con perfiles políticos muy definidos en lo que se refiere a sus valores fundamentales, en tanto en el caso de Ortega su perfil se desdibujó a menudo a pesar de los grandes cimientos liberales de su pensamiento.⁴³

Al comentar Medin la obra *América Latina y el mundo*,⁴⁴ advierte varios rasgos, entre los cuales destaco éste:

Zea se enfrenta nuevamente con la clásica problemática de lo particular y lo universal, a la que ya había dado respuesta a partir del circunstancialismo perspectivista orteguiano, pero ahora, explorando nuevos continentes, su respuesta se da en función de un universalismo que surge de su autorreconocimiento en los demás hombres concretos con problemas y confrontaciones similares. El universalismo de Zea es de este modo el universalismo de lo concreto como el humanismo universal que se expresa, única y exclusivamente, en los hombres de carne y hueso; africanos, asiáticos, latinoamericanos, con sus diferencias peculiares pero en una situación histórica común y con problemas similares. La concreción propia con su esencial dependencia que parecía tan particular y sui generis, se ha revelado, a través de las experiencias personales de Zea en medio de la marea libertaria de esos años como un fenómeno universal.⁴⁵

No podemos dejar de mencionar algunos de los pasajes del capítulo “1992: Celebrando los 80 años de Leopoldo Zea”, donde Medin reconoce la importancia y vislumbra los alcances del *Discurso desde la marginación y la barbarie*:⁴⁶

En el *Discurso* Zea completa lo que quizás podríamos denominar su “revolución copernicana” que había comenzado desde sus primeros escritos. En *América en la historia* había intentado situar la historia de América Latina dentro del contexto de la historia universal en relación con un orden y un centro de poder planetario: en otras palabras, con el mundo occidental, y frente a ese centro los pueblos marginados supuestamente. En el *Discurso*, en cambio, se trata de un discurso desde la marginación y la barbarie, que por ende se convierte así en el centro desde el cual se escribe la historia europea y del mundo occidental. Y he aquí que los conceptos y los parámetros de “marginalidad” y “barbarie” son instrumentados en relación con tal historia y aplicados a sus mismos protagonistas.⁴⁷

Y observa también Medin muy acertadamente respecto de Zea:

ubica al mundo occidental frente a la necesidad de afrontar una interpretación de sí mismo desde la supuesta periferia que se ha

convertido en centro y que lo cataloga en función de las mismas categorías que se le habían impuesto previamente.⁴⁸

Es así como paradójicamente las herramientas proporcionadas por el pensamiento de Ortega, retomadas por un representante de esa América cuya presencia y peso específico el pensador español nunca alcanzó a reconocer ni aceptar, fueron empleadas y llevadas mucho más lejos y con mayor profundidad a través de la tarea filosófica de Zea. Si Ortega nunca pudo desprenderse del eurocentrismo, de la aspiración al espíritu de sistema y a un sentido jerárquico del saber, las perspectivas que él propuso dieron nuevos y originales frutos al ser repensadas y retomadas críticamente por el pensar latinoamericano.

El libro se cierra con una breve y muy sustanciosa sección de conclusiones, “Atando cabos”, donde leemos:

Hicimos notar el modo en que ambos compartieron un mismo fundamento filosófico, al adoptar Zea los principios orteguianos del circunstancialismo y del perspectivismo, pero también señalamos cómo a partir de ellos, y precisamente en función de tal circunstancialismo, cada uno fue evolucionando en un sentido diferente. Zea se convertiría en el campeón del latinoamericanismo, Ortega en el campeón del eurocentrismo; Zea querría cancelar toda dependencia, cultural y de todo tipo, del mundo occidental; Ortega vería a Europa como la solución para España, y aspiraría a convertir a ésta en otra expresión de lo europeo; Zea anhelaría la reivindicación de la humanidad en medio del cancelamiento de la dependencia y de las jerarquías; Ortega buscaría la excelencia y la jerarquía por doquier; y vería históricamente en Europa, ya sea en el pasado, ya en su presente, la máxima expresión de tal excelencia, en primer lugar en lo científico y lo filosófico. Zea con urgencia de liberación, Ortega amonestando a los latinoamericanos en el sentido de que aún no habían hecho nada por mandar en el mundo.⁴⁹

Me conmovieron en particular algunas de las últimas páginas de la obra, que nos devuelven a través de las palabras de Medin a un Zea vivo y activo en la reflexión y en la polémica, con el que incluso el propio estudioso dialoga y respecto de quien presenta algunos puntos de vista diferentes. Confieso que estas páginas resultan de especial interés para mí en cuanto traen a mi memoria el tramo de la vida profesional que me tocó compartir con Zea cuando lo acompañé en los trabajos y los días de la nueva época de la revista *Cuadernos Americanos*

y pude asistir al “pensar del pensador”⁷⁵⁰ en los años en que escribía su *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Fueron también los días en que conocí al propio Tzvi Medin y fui testigo del profundo respeto y de la gran amistad que cifraron sus encuentros, sus conversaciones, la defensa de las respectivas tomas de posición sobre la política internacional y el contrapunto de sus ideas, y en que me tocó participar en varios de los congresos de la FIEALC en los que también tuvieron un destacado papel Leopoldo, María Elena y el propio Tzvi.

Al cerrar estas páginas volvió a mí con emoción el recuerdo de un largo tramo de mi vida: todos aspiramos a ir *en busca del tiempo perdido*. En este caso, la evocación que hace Tzvi Medin de sus lecturas y encuentros con las ideas del octogenario pensador mexicano trajeron a mi recuerdo algún momento en que presencié, en una de las salas del CCYDEL, por entonces situado en la Torre I de Humanidades de la UNAM, el diálogo animado entre Leopoldo, María Elena y Tzvi, en el que se intercalaban gestos que iban de la sonrisa amistosa a la calma reflexiva, de la consternación por las noticias del acontecer mundial a la alegría plena del encuentro entre tres amigos que se respetaban siempre, se escuchaban con atención y se querían bien. Los viajes y los encuentros, las cartas, las noticias, las lecturas y las conversaciones, y siempre, ante todo y sobre todo, el profundo afecto.

Notas

1. Tzvi Medin, *Entre la jerarquía y la liberación. Ortega y Gasset y Leopoldo Zea* (México: UNAM-FCE, 1998).
2. Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas* (México: Siglo XXI editores, 1972); *El minimato presidencial: historia política del Maximato, 1928-1935* (México: Era, 1982) y *El sexenio alemánista: Ideología y praxis política de Miguel Alemán* (México: Era, 1990).
3. Tzvi Medin, *Leopoldo Zea: ideología, historia y filosofía de América Latina* (México: UNAM, 1983, reimpreso en 1992) y *Entre la jerarquía y la liberación. Ortega y Gasset y Leopoldo Zea*. Mencionemos además que entre esas fechas se publicaría también *El pensamiento de Abelardo Villegas: itinerario y esencia intelectual* (México: UNAM, 1992).
4. Con posterioridad a la obra que aquí comentamos, aparece una reedición de Tzvi Medin, *Leopoldo Zea: ideología, historia y filosofía de América Latina* (México: UNAM, 1992) y publica el autor otros trabajos sobre el filósofo mexicano, tales como “En nombre de América Latina, en nombre de la humanidad”, *Cuadernos Americanos*, 5: 107 (2004), pp. 20-30. Continuará también trabajando sobre la obra del pensador español y su recepción en América y España a través de obras como *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana* (México: FCE, 1994) y *El cristal y sus reflexiones: Nueve intérpretes españoles de Ortega y Gasset* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2005).

5. Se trata del IX Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe (FIEALC), realizado entre el 12 y el 15 de abril de 1999, y cuyo tema fue “El Mediterráneo y América Latina”. La reunión, que contó con una amplia asistencia de investigadores provenientes de más de treinta países y tuvo por sede la Universidad de Tel Aviv, fue organizada por la División de Estudios Latinoamericanos de la Escuela de Historia, bajo la dirección de Tzvi Medin y Raanan Rein. <https://www.tau.ac.il/~medin/fiealc/fiealc99.html>, página consultada el 15 de enero de 2021.
6. Como se lee en el microsítio dedicado a la FIEALC dentro de la página del CIALC, “Para el IX Congreso en 1999, la sede fue la Universidad de Tel Aviv, Israel, y la presidencia de la Federación quedó en manos del Dr. Tzvi Medin. Para la coordinación de la Federación en México fue especialmente significativa la designación del Dr. Medin ya que fue el primer doctor en Estudios Latinoamericanos que salió de la UNAM cuando se creó esta especialidad”. <http://www.cialc.unam.mx/seo/load/nosotros%7CInternacionales/fiealc>, página consultada el 15 de enero de 2021.
7. José Gaos, *Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, en *Obras completas* VI (México: Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, 1990). Ambas obras fueron publicadas por primera vez en 1945. Desde luego que esta en apariencia sencilla elección de una preposición como *de* en lugar de *en* representa una toma de posición y una respuesta a un profundo mar de discusiones y apunta a un no menos amplio mundo de sentido.
8. Alfonso Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana”, en *Obras completas* XI (México: FCE, 1955). Estas “Notas” fueron leídas y publicadas por primera vez en 1936.
9. De allí que el pensador chileno Patricio Marchant nos plantee una pregunta mayor: no ya qué lengua se habla en Hispanoamérica sino “en qué lengua se habla Hispanoamérica”. Véase Patricio Marchant, “¿En qué lengua se habla Hispanoamérica?”, *Anales de la Universidad de Chile* (Santiago de Chile), núm. 3 (1996), pp. 103-112. <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/2020>, página consultada el 20 de enero de 2022.
10. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, p. 10.
11. Leopoldo Zea, “Sentido de la filosofía en Latinoamérica”, *Revista de Occidente* (Madrid), IV: 38 (1966), p. 216.
12. *Ibid.*, p. 216.
13. *Ibid.*, pp. 13-14.
14. *Ibid.*, p. 25.
15. *Ibid.*, pp. 28-29.
16. José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, en *Obras completas*, I (1902-1915) (Madrid: Revista de Occidente, 1966), pp. 309-400. La primera edición del ensayo es de 1914.
17. Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia* (México: FCE, 1978). El primer volumen se publicó por primera vez en 1943 y el segundo en 1944.
18. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, p. 40.
19. Observa detalladamente Medin cómo, ya en los años cuarenta, Zea “empieza a concentrarse en los que serían los temas centrales de su trayectoria intelectual: México y América Latina”. Es así como “[s]u conocimiento de la filosofía orteguiana y las enseñanzas de Gaos le permitía postular su circunstancia nacional y continental como objetivo de su reflexión filosófica, y el instrumental filosófico que iba adquiriendo por esos años le permitía conceptualizar su problemática nacional y americana desde la altura de los tiempos filosóficos: historicismo primero y existencialismo más tarde”, *Ibid.*, p. 31.

20. Véase por ejemplo Andrés Kozel, *La idea de América en el historicismo mexicano*. José Gaos, Edmundo O'Gorman y Leopoldo Zea (México: El Colegio de México, 2012).
21. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, p. 51.
22. Ibid., pp. 51-52.
23. Ibid., p. 52. El subrayado es mío.
24. Ibid., p. 98.
25. Ibid., p. 105.
26. Ibid., p. 106.
27. Ibid., p. 110. El subrayado es mío.
28. Para una interesante revisión y reapertura del tema véase Cristóbal Friz Echeverría, “Revisitando la discusión entre Augusto Salazar y Leopoldo Zea. La filosofía latinoamericana: El lugar de un diferendo”, *Revista de Filosofía* (Santiago de Chile), núm. 76 (2019), versión online, <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-43602019000200057>, consultada el 17 de enero de 2022.
29. Este trayecto es también seguido en detalle por Medin en el primer capítulo, “Toma de conciencia e historia de las ideas”, de su libro *Leopoldo Zea: ideología, historia y filosofía de América Latina*, pp. 9-53.
30. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, p. 112.
31. Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo* (México: El Colegio de México, 1949). Esta obra es fruto, como lo recuerda Medin, del primer gran viaje intelectual de Zea por América. Arturo Ardao, tras referirse al paso de Zea “de historiador de la filosofía a filósofo de la historia” y a sus aportes para pensar “Nuestra América en la filosofía de la historia universal”, recuerda que apenas aparecida esta obra, José Gaos, en “Carta abierta” a Zea, reconoce que éste examina el proceso “desde la altura de una nueva filosofía de la historia”. Véase Arturo Ardao, “Prólogo”, en Leopoldo Zea, *La filosofía como compromiso de liberación*, pról. de Arturo Ardao, sel. cron. y bibliografía de Liliana Weinberg de Magis y Mario Magallón (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991), pp. xiv ss.
32. Leopoldo Zea, *América como conciencia* (México: Cuadernos Americanos, 1953), con varias reediciones posteriores (México: UNAM, 1972, reimpr. 1983).
33. Leopoldo Zea, *América en la historia* (México: FCE, 1957). Esta obra se publicará más tarde en España (Madrid: Revista de Occidente, 1970), y será también traducida al francés y al inglés.
34. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, pp. 114ss.
35. Ibid., p. 118.
36. Ibid., p. 123.
37. Leopoldo Zea, *El Occidente y la conciencia de México* (México: Porrúa y Obregón, 1953).
38. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, p. 124.
39. Ibid., p. 127.
40. Ibid., p. 129. Esta obra de Zea llamó mucho la atención de otros pensadores latinoamericanos como Francisco Romero, quien a partir de ella se refirió a su “americanismo filosófico”, o Arturo Ardao, quien, atendiendo a libros posteriores como *Filosofía de la historia americana*, de 1978, señaló su “latinoamericanismo filosófico”. Véase Ardao, “Prólogo”, p. xxv.
41. Ibid., pp. 130-131.
42. Ibid., p. 140.
43. Ibid., p. 152.

44. Leopoldo Zea, *América Latina y el mundo* (Buenos Aires: Eudeba, 1965). Hay una primera edición venezolana (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1960). Esta obra fue también traducida al inglés.
45. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, pp. 175-176.
46. Leopoldo Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie* (Barcelona: Anthropos, 1988).
47. Medin, *Entre la jerarquía y la liberación*, p. 246.
48. Ibid., pp. 246-247.
49. Ibid., pp. 259-260.
50. Retomo esta certera expresión de José Gaos, como lo hice también en Liliana Weinberg, “El pensar del pensador”, en Alberto Saladino y Adalberto Santana (eds.), *Visión de América Latina. Homenaje a Leopoldo Zea* (México: IPGH-FCE, 2003), pp. 245-254.